

cución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego... Ni siquiera el egoísmo nacional, ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza pueden tener vislumbres de idealidad y hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el atonismo de una mal entendida democracia *impiden la formación de una verdadera conciencia nacional*».

«En el ambiente de la democracia de América—continúa Rodó—el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión... Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado en el enorme pueblo por una radical ineptitud de selección... Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica... No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma... Así el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura... Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos... Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena; además, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. La Naturaleza no les ha concedido el genio de la propagación ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad*... Renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme...»

Veamos ahora qué es el imperialismo norteamericano. Jorge Campbell, en una obra curiosa, *The Greater United States of America*, publicada en 1904, después de afirmar que los Estados Unidos «desarrollarán un su-

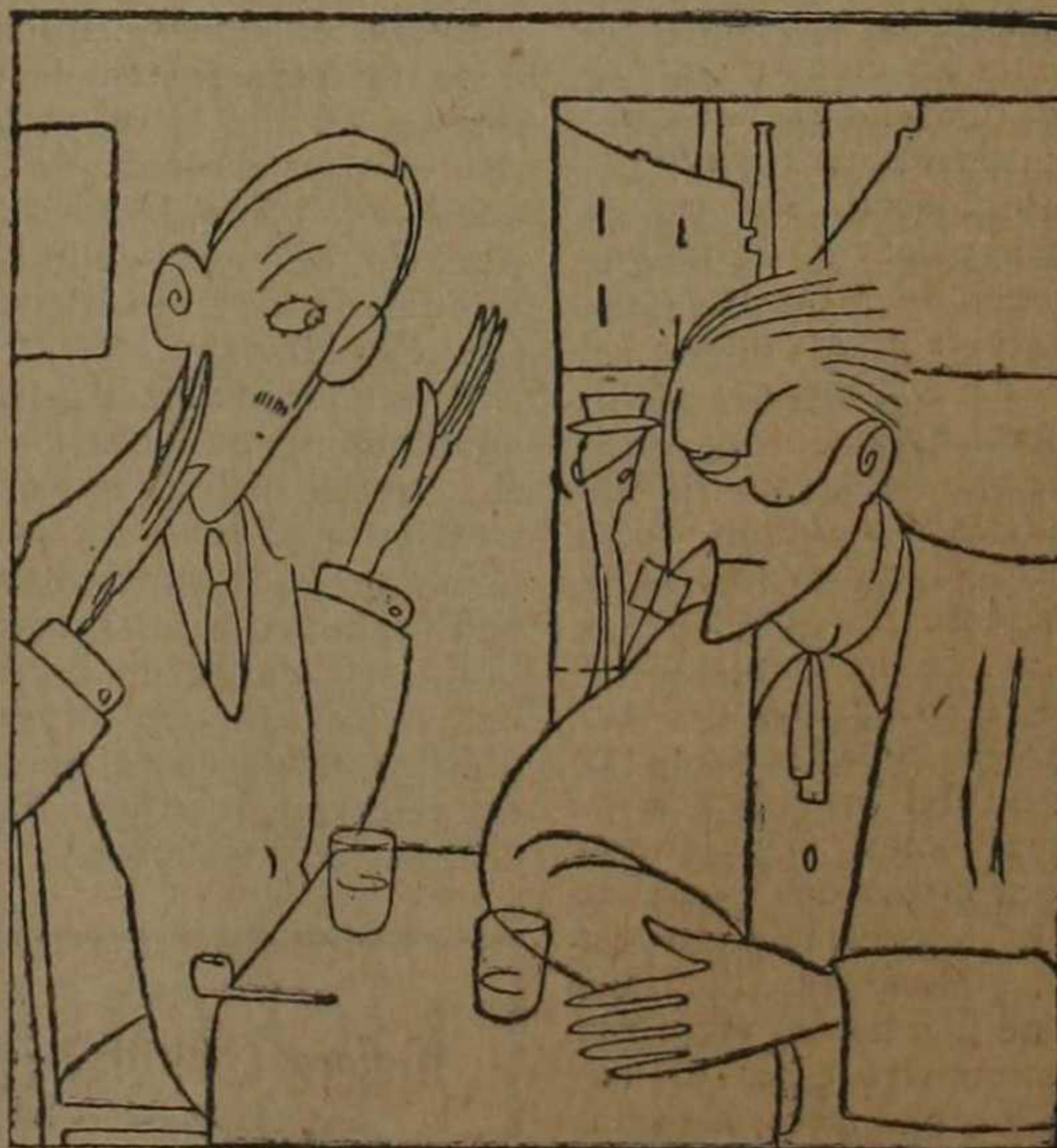
perior poder mundial que destruirá la monarquía y establecerá el gobierno republicano como gobierno del mundo bajo la dirección o control de los más grandes Estados Unidos de América, los cuales dominarán probablemente toda la Tierra», pasa a exponer la razón de tal misión archiprovidencial. Los actuales reinos y monarquías europeas son los pies de hierro, piedra y arcilla de que habla la profecía de Daniel; pero, según ésta, Dios fabricará un reino que nunca será destruido y que desbaratará y consumirá todos los otros. Esta profecía se refiere a los Estados Unidos, porque piedra significa democracia. Los fenicios habían descubierto quince siglos antes de Cristo unas montañas que contenían mucho oro y plata, tres mil millas distantes. Los aztecas sucedieron a los fenicios y perecieron a manos de los españoles. Todo lo cual prueba la identidad de la Colonia americana con el Estado *phenicio*, su deudo. Porque aquí está la montaña de que la piedra ha de cortarse, y que Nabucodonosor contempló en su visión. Y si esto es verdad, el Gobierno americano extenderá su dominio hasta incluir no sólo

Norte y Sudamérica (lo que ocurre ya prácticamente bajo la doctrina de Monroe) y las islas del mar, sino eventualmente el mundo entero. Porque la Escritura es verdad; este pueblo revelado o profetizado debe llenar la tierra toda, y, en consecuencia, la política y natural expansión es su destino, y América, al extender su dominio, *está llevando adelante una profecía de la Biblia*.

A mayor abundamiento, Campbell presenta otras pruebas del destino manifiesto de los yanquis, tales como la *Liberty Bell*, única campana que tiene inscripto: «Proclama la libertad por toda la tierra»; la adopción del *Gold Standard* y el oportuno descubrimiento de las minas de oro de Alaska, California, Arizona, etc.; el nombre Estados Unidos de América; el sello, con su *E pluribus unum*. Todo, para terminar diciendo: «No cabe apenas la menor duda que en los años venideros, si los americanos cumplen enteramente su deber, todas las banderas desaparecerán del Continente americano, excepto la de los Estados Unidos». Tres banderas han desaparecido ya. Los fundamentales princi-

La apuesta, cuento inglés

Por BAGARÍA



EL INGLÉS.—Yo jugar con osté botella champaña el que diga mentira mayor.

EL NORTEAMERICANO.—Yo aceptar; empieza usted.

EL INGLÉS.—No; empear osté.

EL NORTEAMERICANO.—Bueno, empieso. Una vez en New York había un gentleman.

EL INGLÉS (precipitadamente).—Basta: me doy por vencido.

(El Sol, Madrid).